



IV

#### LA LECCION DEL MAESTRO

Según la versión de Bustamante, en el año de 1809 se dejó ver Morelos en Valladolid de Michoacán, con el fin de saludar a su hermana y... “una noche, asistiendo a un coloquio, o sea fiesta del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, donde por lo común se reúnen muchas familias, oyó hablar de las ocurrencias del año de 1808, es decir, del arresto del virrey Iturrigaray y otros sujetos dignos de memoria y gratitud, sólo porque habían procurado nuestra Independencia y libertad; Morelos volvió como de un letargo, y en aquel momento sintió abrasarse su corazón con el fuego del amor patrio y juró hacer la guerra a los enemigos de América... También el alma siente efectos terribles en las conversiones políticas, como en las religiosas.”

Es posible que este momento señalado por Bustamante fuera como una revelación en el espíritu de Morelos, pero seguramente no fue como rayo en el cielo sin nubes. La noticia de la prisión del virrey se relaciona con los sucesos de España y especialmente la invasión francesa y la abdicación de Fernando VII y con los sucesos de México, los pronunciamientos de Azcárate y Verdad y las conspiraciones de Valladolid y Querétaro. La fórmula mágica de soberanía popular, los ecos de la Revolución Francesa, y la corriente ideológica representada para Morelos en la persona de don Miguel Hidalgo, fueron sin duda los antecedentes que prepararon la crisis y encontraron terreno propicio en aquel cura de pueblo dotado de una energía formidable y movido por intuiciones geniales.

En realidad, solamente hay indicios leves y dudosos para imaginar que Morelos tuvo noticia previa de la conspiración encabezada

por Hidalgo. Y en contra de ello se encuentra la mayor parte del texto de una curiosa carta fechada el 14 de octubre de 1810, dirigida a su cuñado Miguel Cervantes. Dice que le envía una pequeña libranza a cargo de don José María Anzorena y se refiere también a un envío de ganado para venderlo en las mejores condiciones posibles o guardarlo en un corral alquilado en espera de mejor oportunidad. Informa que tenía fiadas todas las obvenciones parroquiales y todas las entradas ocasionales o fijas que pudiera recibir fuera de su remuneración normal, y que no podía cobrar nada por el hambre que había llegado tan cerca que algún día no tuvo más alimento que "elotes" y por eso dice en la carta: "con cuantos medieritos me caen estoy comprando maíz para no pasar otra". Luego se refiere a proyectos de cría y engorda de cerdos y hasta invita a su cuñado para formar un pequeño negocio aportando 200 pesos. Dice "yo podré manejar la negociación porque tengo buen rancho para estos efectos a propósito, en que nada costará a usted sino que yo no pueda personalmente".

Todos estos datos no darian motivo a ninguna interpretación si no fuera porque en esos mismos días ya el movimiento de independencia estaba en marcha y Morelos había tenido conocimiento de ello. Había recibido el edicto de excomunión contra Hidalgo, que fulminó el obispo Abad y Queipo y el propio Morelos lo fijó en la puerta de su iglesia, y muy pocos días después no vacilaría en presentarse al jefe de la revolución en el pueblo de Charo. Además, en la misma carta del 14 de octubre escribe: "Si usted gustara que mi hermana y mi sobrinita se retiren por acá unos días mientras pasan las balas..." Finalmente no sólo envía su ganado para venta o resguardo, sino también "el cáliz y las demás finezas del ornamento". Y dos "hojas de armas para que por la una acabe el sillero la otra; y para su perfección ha de llevar la dragona o guarnición de la caballería . . ."

Las intenciones evidentes de montar a caballo y empuñar la espada contradicen los pacíficos proyectos de un negocio de ganadería. Por eso se ha llegado a suponer que esta carta es un mensaje cifrado o un señuelo para despistar. Pero a falta de pruebas de confianza, debemos sujetarnos a una interpretación literal, y suponer acaso que Morelos imaginaba una guerra muy rápida y una victoria próxima, que le permitiría volver a su curato en poco tiempo.

El 19 de octubre salió Morelos en busca de Hidalgo, pasó por Tacámbaro y Valladolid y llegó a Charo en una sola jornada.

Don Miguel Hidalgo, que siempre procuró propagar la insurrección por todo el país, enviando a todas las provincias numerosos comisionados, no parece haber tenido ninguna dificultad para extender un nombramiento que decía: "Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente el Br. D. José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado."

Las instrucciones verbales a que se refiere el anterior documento fueron de carácter general para recoger armas, establecer nuevas autoridades, aprehender a los españoles y remitirlos a la intendencia más inmediata, y muy especialmente, como misión principal, hacerse dueño de la plaza y el fuerte de Acapulco.

El 20 de octubre de 1810 tuvo lugar la entrevista de Hidalgo y Morelos, que fue la última ocasión en que se reunieron los dos grandes caudillos insurgentes y el origen de enormes acontecimientos históricos.

Cuéntase que se acercó Morelos con embarazo y poca gracia a Hidalgo y sus acompañantes, y con dificultad expresó que deseaba se le admitiese en la clase de capellán del ejército, para lo cual tenía licencia.

—¿Cómo es eso? ¿Se resuelve usted a abandonar su curato?  
—Sí, señor.

—¿Y está usted decidido a cambiar una vida tranquila por nuestras aventuras?

—Hace tiempo que lo estoy . . .

Hablaron luego en voz baja, mientras los jefes y la oficialidad burlona se divertían a costa del original capellán que iban a tener.

—¿Han visto ustedes una figura más poco militar? ¿Quién lo conoce?

—Es el cura de Carácuaro.

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo, pero se cuentan de él muchas extravagancias.

—Es un hombre "oscuro, sin carrera".

—Dicen que es hijo de un carpintero, que se dedicaba hace algunos años a la arriería, que en uno de sus viajes compró en México un Nebrja, y después de estudiarlo, cuando tenía veinticinco años, se le metió en la cabeza ser clérigo.

—Silencio, oiremos lo que responde: acaba de preguntarle el señor cura cómo resolvió seguirnos.

Callaron todos. Se oyó la voz del cura de Carácuaro:

—Vine a Valladolid, a fines del año pasado, a la casa de mi hermana; nos convidaron a un coloquio, y no faltó allí quien hablase del tumulto de Iturrigaray y las prisiones ejecutadas en aquellos días; no sé lo que sentí; se me representó nuestra opresión, nuestro oprobio y concebí un odio contra los tiranos que me tuvo inquieto y engendró el pensamiento de combatir por la libertad de mi patria...

—Bien, muy bien.

—Me retiré con esa idea, proyecté construir un fortincito en mi curato, soñándolo punto de defensa: allí, a mis solas, después de mis trabajos, pensaba en ejércitos, en asaltos, en victorias, y lloraba después de ver mi ignorancia en todo...

Al decir esto su voz era de trueno, su mirar, imponente; tenía arrebatado al auditorio... Hidalgo dijo:

—Padre, me parece que mejor ha de ser usted un general que un capellán.

El mismo Morelos declaró más tarde:

“Que al principio de octubre de 1810 tuvo noticia en su curato de Carácuaro por don Rafael Guedea, dueño de la Hacienda Guadalupe, que se había movido una revolución en el pueblo de Dolores, y que la acaudillaba su cura don Miguel Hidalgo, quien asimismo supo que marchaba con una reunión sobre la Ciudad de Valladolid, con cuyo motivo salió el exponente a informarse de los que obligaban aquel movimiento, porque ya había advertido a algunos europeos, que emigraban de Pátzcuaro, Valladolid y demás poblaciones contiguas, temiendo un funesto resultado por las marchas de Hidalgo: que en efecto, encontró a éste en la Ciudad de Charo, después de haber salido de Valladolid dejando esta ciudad por suya, y con dirección a México, y habiéndole prevenido que lo acompañase hasta Indaparapeo, aquí le aseguró que los motivos que tenía para aquel movimiento o revolución eran los de la independencia a que todos los americanos se veían obligados a pretender.”

Lo único ciertamente comprobado de esta famosa entrevista, aparte del nombramiento y las instrucciones verbales ya referidas, son las indicaciones de Hidalgo respecto a la organización del futuro gobierno, y que Morelos llama “los elementos constitucionales que conferenciamos con el señor Hidalgo”.

Puede ser también que esas indicaciones formaran el plan político que Hidalgo no tuvo tiempo ni modo de redactar con precisión y dar a la publicidad, pero recientes estudios históricos demuestran que Hidalgo tuvo una visión certera de los problemas sociales de México, incluso en cuanto a la reforma agraria y el reparto de la tierra. Es indudable que Morelos grabó en su memoria las frases de su maestro, porque frecuentemente demostró no haberlas olvidado.

El 20 de octubre recibió Morelos el nombramiento y las instrucciones y el 21 estaba en Valladolid, en busca del gobernador de la Mitra. Como no lo encontró, dejó una nota para el oficial mayor don Ramón Aguilar en la cual decía: "Por comisión del Excelentísimo señor Hidalgo, fechada ayer tarde en Indaparapeo, me pase con violencia a correr las tierras calientes del Sud, y habiendo estado con el señor Conde para que se me ponga coadjutor que administre mi curato de Carácuaro, me dijo su Señoría pidiese a usted, a quien no hallando... hasta las 9 de la mañana, y siéndome preciso no perder minuto, lo participo para que a letra vista se sirva despachar el que halle oportuno, advirtiéndole me ha de contribuir con la tercia parte de obvenciones."

La redacción perentoria de este ocuso y la hora temprana de su presentación denuncian el propósito de forzar los acontecimientos y tal vez evitar el encuentro personal con el gobernador de la Mitra y eludir mayores explicaciones. Morelos tenía mucha prisa por salir a "correr las tierras del Sur" y la menor dilación hubiera sido fatal. El conde de Sierra Gorda, chantre de la Catedral y gobernador de la Mitra había mostrado casi lenidad cuando Morelos le comunicó su decisión de abrazar la causa de la independencia, y según afirmó éste más tarde, solamente le recomendó que evitara el derramamiento de sangre. Bustamante cuenta que el propio chantre le dijo que había procurado disuadir al cura insurgente, pero seguramente no lo hizo con decisiva energía, y la respuesta al escrito arriba citado supone más bien un ánimo de neutralidad: "Valladolid y octubre 22 de 1810. Visto este oficio, póngase el que corresponda de nuestra orden al bachiller don José María Méndez para que se encargue de la administración y Juzgado eclesiástico de Carácuaro, interin el párroco que escribe el oficio antes dicho se restituye de la Comisión que expresa: con prevención al bachiller Méndez de que lleve cuenta formal de los emolumentos que uno y otro produzcan, para según ella contribuya con la tercera parte del propietario y tome las otras dos restantes

para su subsistencia y gastos necesarios de la administración y parroquia.—El señor Conde de Sierra Gorda así lo decretó, etc....”

Esta concesión de una licencia con sueldo para desempeñar una comisión del rebelde y excomulgado Hidalgo parece realmente una aprobación tácita de la conducta de Morelos y tan absurda de acuerdo con la disciplina clerical, que solamente se concibe como una confusión del gobernador de la Mitra o una ciega rutina burocrática. O tal vez, y sobre todo por lo que se refiere a Morelos, la creencia en la inmunidad eclesiástica y la legítima separación entre lo espiritual y lo temporal, entre el dogma y la política, que hacía de la misma excomunión un recurso dudoso, que la iglesia dictaba contra su voluntad y bajo la presión del gobierno civil español.

Salió Morelos de su curato de Carácuaro el 25 de octubre, y según la tradición conserva en Nocupétaro, en este lugar llamó a misa el 31 de octubre y pidió voluntarios que lo acompañaran en su empresa.